

Paul Johann Anselm von Feuerbach
KASPAR HAUSER

Ejemplo de un crimen contra la vida interior del hombre



INTERZONA

Paul Johann Anselm von Feuerbach

KASPAR HAUSER

Ejemplo de un crimen contra la vida interior del hombre

Traducción de Ariel Magnus

Epílogo de Julio Monteverde

INTERZONA

SOBRE ESTA EDICIÓN

Antes de que se convirtiera en una leyenda alemana moderna, gracias sobre todo a la novela de Jacob Wassermann (*Kaspar Hauser o la inercia del corazón*, 1908), a la obra de teatro de Peter Handke (*Kaspar*, 1967) y a la película de Werner Herzog (*Cada cual para sí y Dios contra todos*, 1974), la del adolescente expósito de Núremberg fue una historia real que ocurrió en el primer tercio del siglo xix y produjo en su momento un sinfín de documentos, artículos, folletos y libros de no ficción. De estos últimos, el mejor escrito y documentado es el del eminente jurista Paul Johann Anselm von Feuerbach (1775-1833), que aquí vertimos al castellano según la edición de 1832. Del mismo año existe una traducción al inglés realizada por el cuarto conde Stanhope, Philip Henry (1781-1855), quien se iba a hacer cargo de la educación de Kaspar Hauser en Inglaterra y lo conoció personalmente, por lo que en su libro agrega algunas interesantes notas al pie que hemos sumado a su vez a las del propio Feuerbach. A modo de complemento se añaden también algunos tramos de los *Apuntes sobre Kaspar Hauser* (1832) de Georg Friedrich Daumer, el primer y más entusiasta tutor de Hauser, que Feuerbach cita demasiado profusamente como para que valga la pena traducir entero, pero del que a su vez deja afuera anécdotas y datos que sirven para terminar de caracterizar al objeto de estudio conjunto. Para que también sea una mirada contemporánea la que dé cuenta de la muerte de Kaspar Hauser, ocurrida al año siguiente de editados

estos tres libros, hemos resumido la crónica de aquel día difundida luego por su profesor de religión Heinrich Fuhrmann, así como el informe del médico que hizo la autopsia del cuerpo. Por último, se añade una autobiografía que escribió el propio Kaspar Hauser, la primera de varias y por esto también la más genuina.

Todos estos textos no representan más que una pequeña muestra de todo lo que se escribió sobre el caso, incluida la polémica subsiguiente acerca del posible origen noble de Kaspar (de la que dará cuenta el epílogo de Julio Monteverde), pero bastan para darnos una idea coetánea de los hechos que luego sirvieron de pasto de la ficción.

A. M., julio de 2016

I

El lunes de Pentecostés es en Núremberg uno de los días feriados más espléndidos, durante el cual la mayor parte de los habitantes se dispersa por el campo o por las poblaciones vecinas. La ciudad, ya bastante extensa en relación con su escasa población actual, queda en esas circunstancias tan tranquila y despoblada, más si se trata de un bello día de primavera, que casi cabría compararla con aquella ciudad encantada del Sahara más que con una activa ciudad industrial y comercial. Sobre todo en algunas partes alejadas de su centro pueden tener lugar cosas secretas en público, sin por eso dejar de ser secretas.

Así fue como el lunes de Pentecostés (26 de mayo) de 1828, entre las cuatro y las cinco de la tarde, sucedió lo siguiente: un ciudadano que reside en la así llamada plaza de Unschlitt (en la cercanía del pequeño y poco visitado portal de Haller) se demoraba aún frente a su casa, para desde allí dirigirse al así llamado Nuevo Portal, cuando al darse vuelta descubrió, no lejos de él, a un joven vestido de campesino, parado en una posición de lo más llamativa y esforzándose como un borracho por avanzar, sin poder mantenerse debidamente erguido, ni estar en condiciones de guiar sus pies. El mencionado ciudadano se acercó al forastero, que le extendió una carta con la inscripción: «Al hidalgo señor capitán de caballería del cuarto escuadrón del sexto regimiento de caballería ligera de Núremberg».

Puesto que el denominado capitán vivía cerca del Nuevo Portal, aquel ciudadano llevó al muchacho forastero al puesto de guardia, desde donde llegó a la morada muy cercana del capitán

de caballería von W., que por aquel entonces comandaba el cuarto escuadrón del dicho regimiento.¹

Al criado del capitán von W. que abrió la puerta lo abordó, el sombrero sobre la cabeza y sosteniendo su carta en la mano, con las siguientes palabras: «Quiero ser del sexto, como lo fue mi padre». El criado le preguntó qué quería, quién era y de dónde venía. Pero el forastero no parecía entender ninguna de las preguntas y solo repetía las palabras «Quiero ser del sexto, como lo fue mi

1 En cuanto a las circunstancias más precisas acerca de cómo Kaspar fue con el mencionado ciudadano desde la plaza de Unschlitt hasta el puesto de guardia y de allí hasta el hogar del capitán de caballería von W., los expedientes son tan incompletos e insatisfactorios, y se encuentran tan sujetos a las dudas de la crítica histórica en lo que se refiere a las circunstancias específicas, que he creído poder ser muy breve en mi narración de más arriba. Aquel ciudadano indica por ejemplo que luego de haber intentado trabar conversación con el joven durante el camino y haberlo interrogado sobre algunas cosas, se dio cuenta finalmente de *que K. no sabía nada ni tenía concepto alguno de todo el asunto, por lo que había dejado de hablar con él*. Según esto, K. se mostró con él de la misma forma que lo hizo esa tarde con el señor capitán de caballería von W., luego en el puesto de guardia y en los días y semanas sucesivos. Al mismo tiempo, dicho ciudadano cuenta que al preguntarle por su procedencia, K. le respondió «de Ratisbona». Más aún, cuando llegaron al Nuevo Portal, K. le dijo: «Esto seguro que acaba de ser construido, porque se llama Nuevo Portal», etc. Que el testigo *crea* haber oído estas cosas y otras parecidas me parece tan indudable como esto: que *K. no las ha dicho*. Todo lo que sigue aporta evidencias irrefutables de esto. El guía de este tonto, pues por tal lo tenía, seguro que solo lo escuchaba a medias, por lo que bien puede haber creído escuchar aquellas palabras de la expresión formular de Kaspar «Ser jinete como lo fue mi padre». En general, los expedientes policiales surgidos en esta cuestión fueron realizados de un modo tal, contienen tantas contradicciones, toman tantas cosas incluso a la ligera y presentan *anacronismos* tan graves en algunas de sus partes fundamentales que solo con gran cautela pueden ser utilizados como fuentes históricas.

padre» o «¡No sé!». Estaba tan agotado, según declaró el criado del capitán en su interrogatorio como testigo, que no caminaba sino que más bien «deambulaba por ahí». Llorando, dando muestras de fuerte dolor, señaló sus piernas, que se doblaban bajo su peso, y parecía sufrir de hambre y de sed. Le alcanzaron un pedacito de carne, pero no bien el primer bocado rozó su boca, volvió a escupirlo con visible horror y con fuertes estremecimientos de sus músculos faciales. Los mismos signos de repugnancia, cuando le trajeron un vaso con cerveza y tras haber probado unas gotas. Con ferviente avidez y extremo agrado deglutió un trozo de pan negro y un vaso con agua fresca. Todo lo que se intentó entretanto para sonsacarle algo sobre su persona y su arribo fueron esfuerzos vanos. Parecía escuchar sin entender, ver sin notar nada y moverse con las piernas sin poder usarlas para caminar. Su idioma eran sobre todo lágrimas, expresiones de dolor, tonalidades incomprensibles o las palabras que siempre retornaban: «Ser jinete como lo fue mi padre». En casa del capitán lo tomaron rápidamente como un hombre salvaje y lo llevaron a la caballeriza hasta que regresara el señor de la casa; allí se acostó enseguida sobre la paja y se hundió en un sueño profundo.

Había dormido varias horas cuando el capitán llegó a su casa y se dirigió enseguida a su caballeriza para ver al salvaje, del que tantas cosas extrañas le habían contado sus hijos al darle la bienvenida. Aún se hallaba profundamente dormido. Intentaron despertarlo, lo sacudieron, lo movieron, lo empujaron, pero en vano. Lo levantaron a la fuerza del suelo y buscaron ponerlo sobre sus piernas, pero él seguía durmiendo, como un muerto aparente que solo se distingue del muerto verdadero por su calor corporal. Al fin, tras muchos esfuerzos perceptibles para el durmiente, abrió los ojos, cobró ánimos, vio al capitán en su uniforme colorido y reluciente, que observó con aparente agrado infantil, y gimió luego su «Ser jinete, etc.».

Nada sabía el señor von W. sobre el joven forastero, ni qué relación podría tener con su persona la carta que aquel le había traído. Como tampoco con preguntas se le podía sonsacar nada que no fuera «Ser jinete, etc.» o «no sé», no quedó más opción que dejar en manos de la policía de la ciudad tanto la solución del enigma como el cuidado del foráneo desconocido. Por consiguiente, hacia allí fue trasladado. «Lo que estuve en condiciones de percibir respecto a la formación intelectual de esta persona —dijo el señor von W. en su posterior interrogatorio judicial— revelaba un estado de absoluto abandono o una infantilismo que contrastaba con su tamaño».

Hacia las ocho de la noche había recorrido el camino hasta la policía, que por su estado se convirtió en un calvario. En el puesto de guardia se encontraban varios policías militares, además de algunos funcionarios subalternos. A todos los allí presentes, el muchacho forastero también les dio la impresión de ser un fenómeno extraño, frente al que no pudieron ponerse de acuerdo de inmediato sobre cuál de las rúbricas policiales de uso corriente era la que le correspondía. Las preguntas policiales de rigor que se le dirigieron —cuál era su nombre, estado civil y oficio, de dónde venía y por qué estaba aquí, dónde estaba su pasaporte y demás— no lograban surtir ningún efecto en él. «Ser jinete como lo fue mi padre», «no sé» o, lo que también repetía a menudo en tono lacrimógeno, «ir a casa», fueron las únicas palabras que formuló en las más diversas ocasiones.² No parecía saber o sospechar dónde estaba. No mostraba miedo, extrañeza ni desconcierto, sino más bien un embotamiento como de animal que no percibe las cosas exteriores, o que las mira fijo con la mente vacía, dejándolas pasar sin que lo afecten. Sus lágrimas, su gimoteo, durante el cual siem-

2 Con estas frases formularias, vale decir «Ser jinete», etc., no relacionaba él, como se supo más tarde, ningún sentido en especial; no eran más que sonidos memorizados como un loro que utilizaba como expresiones generales para todas sus ideas, sentimientos y deseos.

pre señalaba sus piernas vacilantes, su torpeza combinada con una profunda puerilidad pronto le ganaron la compasión de los presentes. Un soldado le trajo un pedazo de carne y un vaso con cerveza, pero al igual que en la casa de W. rechazó ambos con horror y solo consumió pan con agua fresca. Otro le dio una moneda, ante lo cual mostró la alegría de un niño pequeño, jugó con ella y dijo varias veces «¡caballo, caballo!» junto con ciertos movimientos de las manos, con los que pareció expresar su deseo de colgarle esta moneda a un «caballo». Todo su ser y su comportamiento lo mostraban como un niño de apenas dos o tres años en el cuerpo de un adolescente. La mayoría de estos policías solo disentían en si debían tomarlo por un tonto, un loco, o por un semisalvaje. Uno que otro opinaba sin embargo que detrás de ese muchacho bien podía esconderse un sutil estafador, una opinión a la que le confirió no poca probabilidad la siguiente circunstancia. Tuvieron la idea de probar si tal vez podía escribir, le dieron una pluma y tinta, le colocaron una hoja de papel delante y lo instaron a usarlos. Pareció demostrar alegría, tomó la pluma no sin destreza entre sus dedos y, para asombro de todos los presentes, escribió en trazos firmes y legibles el nombre: Kaspar Hauser.

Le pidieron entonces que también asentara el nombre del lugar del que venía. Pero no hizo más que gimotear otra vez su «Ser jinete...», su «quién sabe» y su «no sé».

Puesto que por el momento no se le podía sacar más nada, dejaron que el resto lo hiciera el tiempo y se lo entregaron a un policía, que lo llevó a una torre del Portal de Vestner, destinada a la gente que arresta la policía, a los vagabundos, etc. Durante este camino relativamente corto se estuvo derrumbando entre suspiros casi a cada paso, si es que su andar a tientas puede ser llamado caminar. Una vez arribado a la salita de detención, donde contaba con la compañía de otro preso, cayó enseguida sobre su jergón en el sueño más profundo.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA